

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica. 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

ANARQUISMO Y ORGANIZACION

Cuando entre nosotros se insinuó la tendencia poco definida de organizar específicamente al anarquismo—al margen de la F. O. R. A. y posiblemente frente a ella—hemos expuesto al respecto nuestro modo de pensar. No aceptábamos, porque en ello velamos un peligro para el futuro, la imposición de un organismo que, a la vez que extraño a nuestro ambiente y del todo inútil, forzosamente habría de plantear conflictos de orden secundario y que harían peligrar nuestra unidad de acción.

Sin necesidad de que sistematizáramos nuestra oposición a la que se pretendió llamar "tendencia organizadora", en el congreso anarquista regional fué ampliamente defendido nuestro criterio, que también era el criterio de la mayoría de los compañeros que en él intervinieron. Y así se epilogó la campaña en favor de una organización específica del anarquismo, sin vencedores ni vencidos, pero con la elocuente afirmación de las orientaciones de nuestro movimiento libertario en lo que se refiere a los problemas más urgentes de la propaganda en el seno del proletariado.

Posteriormente al congreso anarquista regional, el pequeño grupo de anarco-dictadores expulsados de la F. O. R. A. y repudiados por todos los anarquistas debido a sus sospechosas actividades y a sus frecuentes escándalos, a pesar de haber pretendido ridiculizar aquel acto que los excluía terminantemente, quisieron dar un golpe de efecto y de audacia improvisando una "organización" del anarquismo. Claro está que esos elementos están completamente desvinculados de la propaganda anarquista y ni siquiera representan a una minoría opositora al conjunto más o menos homogéneo del movimiento libertario de este país. Pero constatamos el hecho, para que se estudien, en un caso práctico, las posibles desviaciones de una tendencia, no diremos que mal intencionada pero sí desprovista de toda lógica y que ni siquiera consultaba las necesidades más inmediatas de nuestra propaganda.

Fuera de duda, sin tener en cuenta su completo desprestigio, el grupito de anarco-dictadores pretendió sacar provecho de esa corriente de opinión favorable al método orgánico que siguen los anarquistas de Francia, Alemania, Italia y otros países europeos. Comprendiendo que la defensa de la Sindical Roja y de las "experiencias" bolcheviquis no tenían el valor sugestivo de los primeros años de la revolución rusa, dieron un cambio de frente y trataron la creación del "anarquismo nuevo". Y la A. L. A., complemento híbrido de todas las tendencias sociales unidas por el autógono de la dictadura y la disciplina, apareció a la vergüenza pública.

Para el proletariado de la Argentina y especialmente para los anarquistas, la

A. L. A. carece de contenido real, no sólo ideológico sino también orgánico. Sabemos, por ejemplo, que cierto señor ocioso y malicioso, confeccionó una carta orgánica y unos reglamentos dignos de un partido autoritario. Y también nos hemos enterado que el grupo familiar que responde a ese señor, en su cenáculo, improvisó un ministerio, con un terrible engranaje administrativo y "secretariados" a granel, que da la impresión de una fuerza capaz de provocar una crisis de gabinete...

mentario que pusiera de manifiesto el origen sospechoso de esa "alianza" de autoritarios disfrazados con el nombre de anarquistas.

Naturalmente que de ese aborto autoritario no tienen la culpa los compañeros que entre nosotros defendían la organización específica del anarquismo. Pero en aquellos antecedentes se afirman esos desvergonzados oportunistas y procuran hacer valer en el exterior una representación que carece de contenido en este país. ¿No sería el caso de que los compa-

libertarios que lean ese galimatías anarco-bolcheviqui que sirve de base doctrinaria a la anónima A. L. A.?

* *

En el curso de la discusión en torno al proyecto de organizar específicamente el anarquismo, se han emitido diversas opiniones. Pero sólo una falsa visión del problema y una interpretación errónea de las cuestiones atinentes a nuestra actividad revolucionaria, impidió que hubiéramos llegado a un completo acuerdo en lo referente a ese asunto puramente táctico.

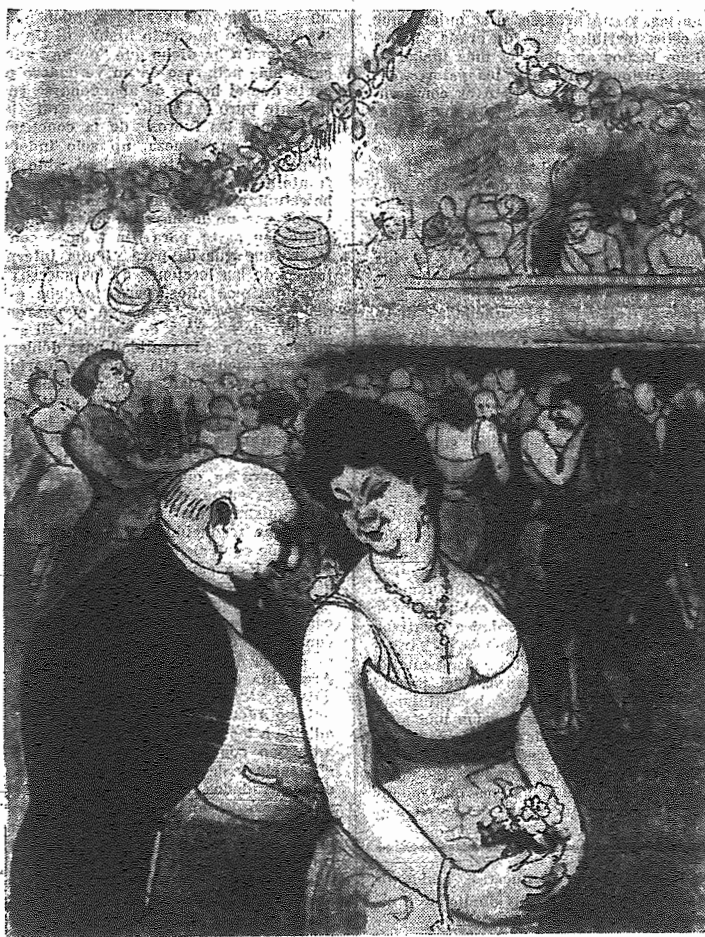
No existía, como tendencia de oposición a los que se denominaban "organizadores del anarquismo", el individualismo más o menos característico y definido como corriente de organización contraria a las organizaciones de lucha. Discutíamos colocados en un mismo plano de experiencias y actividades, difiriendo únicamente en la forma de coordinar nuestras energías para la obra común de emancipación humana. ¿Por qué, pues, no llegamos entonces a un acuerdo completo?

Para nosotros, los defensores de la organización específica del anarquismo defendíamos un concepto general muy difundido en Europa, pero que no consultaba la psicología de nuestro movimiento, ni responde a la práctica de la actividad anarquista desarrollada en este país desde que aparecieron las primeras organizaciones proletarias. ¿Es posible hacer tabla rasa de esas razones históricas y psicológicas que dan su carácter diferencial a cada pueblo? De ninguna manera. Por eso fracasó la tentativa de organizar el anarquismo de este país según el método europeo y ateniéndose a una idea general y teórica de esa cuestión puramente táctica.

Si nos encontráramos en la situación de los anarquistas de Alemania, Francia, Italia y otros países donde los partidos marxistas tienen una indiscutible prevalencia en el movimiento obrero, es indudable que la necesidad nos impondría esa organización específica. Pero el anarquismo está, en la Argentina, fuertemente arraigado en el espíritu popular, y cuenta con un medio propio de propaganda en las organizaciones proletarias. En una palabra, el sindicalismo anarquista es una realidad entre nosotros y tiene influencia y potencia suficiente para ofrecernos una defensa colectiva, como fracción doctrinaria, frente a los partidos marxistas y a las apáticas organizaciones reformistas que constituyen el llamado sindicalismo criollo.

De esa experiencia sacamos la conclusión siguiente: Los anarquistas fueron en la Argentina los primeros que en los últimos treinta años, trataron de llegar a una síntesis ideológica que identificara el anarquismo con el movimiento obrero. No existe, pues, una tendencia individualista contraria a la organización, sino una realidad histórica que vindicamos como la más elocuente conclusión de los esfuerzos realizados por los anarquistas.

CARIDAD



Si, señora, la caridad no terminará con la miseria pero nos divierte...

Y la A. L. A. es eso y nada más. Pero ¿quién ignora que ese blufismo puede sorprender la candidez de unos y la fantasía de otros? Por lo pronto, varios periódicos anarquistas y sindicalistas de España anunciaron la organización de la A. L. A., confiándole la representación del "anarquismo organizador" de la Argentina. Y hasta hubo periódico que publicó la "declaración de principios" de ese bodrio anárquico-bolcheviqui, sin un co-

ñeros que llevaron a cabo el congreso anarquista regional, hicieron una declaración pública y para conocimiento de todos los anarquistas del mundo, dejando sentado que la A. L. A. nada tiene que ver con la tendencia organizadora sostenida por ellos?

Así al menos se pondrían las cosas en su lugar y se evitaría que la confusión siguiera su curso. ¿Qué pensarán de nuestro "anarquismo organizador" los compañeros sensatos y fieles a sus principios

de este país en treinta años de propaganda libertaria en el seno de las organizaciones obreras. ¿Y no es bien cierto que lo que ya es un hecho para nosotros — esa síntesis ideológica del sindicalismo anarquista —, tratan de realizarlo los compañeros que en Alemania, en Francia e Italia oponen al reformismo sindicalista la organización específica del anarquismo?

Como epílogo de su labor, la comisión que tuvo a su cargo la organización del congreso anarquista regional publicó el folleto del compañero Rodolfo Rocker "Anarquismo y Organización". Al parecer ese breve estudio del camarada Rocker es algo así como la última palabra de los partidarios de la organización específica del anarquismo, que pronuncian por boca de un hombre, que tiene suficiente autoridad moral para dar por terminado un debate en torno a cuestiones teóricas y tácticas relacionadas con el anarquismo, de cuya ideología lo proclamamos un maestro.

Pero es el caso que Rodolfo Rocker, en su folleto "Anarquismo y Organización", no establece ninguna base que sirva para afianzar la organización específica — y por lo mismo excluyente de todas las demás organizaciones, incluso la sindical — aceptada por los compañeros de Alemania, de Francia y de Italia y que sirvió de molde a la que aquí se quiso improvisar. ¿Qué razones, pues, se pueden sacar de un estudio que consulta el ambiente característico de un pueblo y se inspira en cuestiones tácticas que solo pueden tener relación con el desarrollo de la propaganda revolucionaria en determinado país?

"Anarquismo y Organización" es una crítica al individualismo doctrinario y a la tendencia contraria a la intervención activa de los anarquistas en el movimiento obrero. El compañero Rocker analiza las causas que determinaron, en Alemania y otros países, la supremacía de los partidos socialistas y el alejamiento de los anarquistas del movimiento proletario. Por eso nos presenta el ejemplo de los individualistas, encerrados en la inaccesible torre de marfil, y de los anarquistas que confiaban a las organizaciones secretas — hijas de la necesidad impuesta por el terrorismo gubernamental — y a la "propaganda por el hecho" la solución de los problemas que interesaban a todo el proletariado y por lo mismo no podrían ni siquiera plantearse contra su voluntad.

El camarada Rocker llega a la conclusión de que el anarquismo es organizador en su esencia doctrinaria y que no es posible concebir nuestra propaganda independiente de la organización. Y eso es, precisamente, lo que prácticamente demostraron los anarquistas de la Argentina al crear una organización proletaria orientada de acuerdo con las concepciones libertarias y consecuente con el espíritu revolucionario que solo puede inspirar el anarquismo.

No existe, pues, en todo el folleto "Anarquismo y Organización", un solo argumento favorable a la tesis sostenida por los que lo han editado creyendo que nos daban la respuesta definitiva e incontestable. El compañero Rocker sostiene que el anarquismo es organizador. Nosotros hemos demostrado ese hecho con la práctica de treinta años de propaganda organizadora, y podemos ofrecer hoy una síntesis ideológica de los esfuerzos realiza-

Los beneficios de la lucha contra la desviación

No podríamos asegurar repentinamente si el anarquismo hizo o no progresos dignos de mención en estos últimos años, si su contenido espiritual es hoy, después de los fecundos acontecimientos históricos en que actuó como factor y hasta como simple espectador, más rico o más pobre que antes; a primera vista nos parece que no aprovechó la realidad en la medida en que lo hicieron hace cincuenta años, frente a la Comuna de París, nuestros primeros maestros y los militantes de todos los países.

Tenemos la presunción de que en este período histórico hay un riquísimo veneno para el porvenir de la idea anarquista: solo falta la piqueta que sepa descubrirlo y la inteligencia que sepa integrarlo al tesoro de nuestras concepciones. Si, presentimos, estamos dominados por la seguridad de la influencia que tendrá la consideración y la interpretación de la época que vivimos en el desenvolvimiento progresivo del anarquismo. Es posible que hasta ahora las adquisiciones positivas para el contenido espiritual de nuestras ideas no sean mayormente extraordinarias, y supongamos, si se quiere, que en estos terribles años de crisis universal no hemos aportado el más insignificante enriquecimiento a los valores del movimiento libertario. Esto es comprensible ante todo por la ruptura que se había operado ya antes de la guerra con el espíritu de la ideología revolucionaria de la época creadora del anarquismo. El anarquismo tuvo su época de creación, que suele apellidarse romántica. Cuando esa época deja de influir en nosotros, bien a causa de nuestro estado de ánimo o bien a causa de los sucesos mismos de la vida cotidiana que la desvanecen en la nebulosa de un pasado lejano, nos exponemos a perder el timón y la orientación de nuestras luchas y a mecernos en el vacío más mísero. No debemos perder el contacto con la época creadora del anarquismo, porque nada justifica un repudio de las ideas de libertad que son su expresión más acabada y nada nos anuncia que hayamos suplantado con concepciones superiores las instituciones que rechazamos con desdén porque tienen medio siglo de existencia. La época romántica o creadora del anarquismo es susceptible de vitalizar y reavivar en nosotros el impulso combativo y la afirmación espiritual que hallamos en los hombres de la cuna de nuestro movimiento. Así como Kant, tomado al pie de la letra, en sus enunciaciones particulares y en sus verdades relativas ha sido superado hoy y queda el kantismo como animador de las más fecundas corrientes del pensamiento, del mismo modo podemos hablar del bakuninismo, por ejemplo, que persiste como una guía y como un estímulo de creación y de lucha, no obstante el contenido literal un tanto pretérito de las obras de Bakunin. Podemos ser todo lo amigos que queramos del progreso incesante, del movimien-

tos para eliminar de nuestro ambiente toda inclinación al individualismo o la prescindencia...

Sin que pretendamos con esto haber dicho la última palabra, sostenemos que el anarquismo europeo recién comienza la trayectoria que lo conducirá al lugar que ocupamos en el movimiento obrero los anarquistas de la Argentina. Porque es un hecho indiscutible que las organizaciones específicas son, más que nada, organismos de lucha que persiguen como fin inmediato la orientación del proletariado y como consecuencia la propaganda de un sindicalismo nuevo en oposición a los marxistas y neomarxistas del sindicalismo que hoy predomina en toda Europa.

Emilio LOPEZ ARANGO

to en el campo de las ideas; podemos combatir a muerte el estancamiento y la rutina, propiciar el ajustamiento del anarquismo a la realidad, estimular la marcha de nuestras ideas en armonía con los sucesos de la vida misma. Estos son propósitos meritorios que todos aplaudimos, pero nunca debemos olvidar que la historia es determinada por algo más que por fuerzas exteriores, que también el espíritu dirige la historia, y que el anarquismo dejará de ser tal cuando abdique sus postulados en aras del momento, de los pretendidos imperativos de la realidad. El anarquismo quiere influir en la marcha de la historia, contiene verdades y actitudes que se superponen al espacio y al tiempo. Y toda personalidad verdadera, todo movimiento rico en ideas y en energías, lejos de someterse a la realidad y de subyugarse a sus mandatos, quiere influir en la realidad, adaptarla a su vida interior. Es nuestro deber estudiar y atender la realidad para enriquecer nuestra experiencia, pero la realidad no puede ser comprendida sin un punto de referencia en nuestra personalidad moral, en un organismo de verdades independientes del mero momento histórico. Un filósofo alemán ha dicho que "no hay adversario más peligroso de un verdadero presente que el hecho de abandonarse en el instante puro y simple". Esto equivale a volver por los fueros de la conciencia, que tiene su riqueza, no solo independiente del momento pasajero, sino aún frente a ese momento. El anarquismo debe estudiar la realidad, y nosotros lamentamos que no lo haya hecho ya, cuando menos en parte, para beneficiarse con el tesoro que guarda para sí una interpretación de las lecciones de los sucesos de estos últimos años, pero no debe estudiarla abdicando lo que en el anarquismo hay de eterno y de esencial. El anarquismo no va a la realidad para dogmatizar sumisamente a ella, sino para enriquecer su interioridad, para reafirmar sus "puntos de apoyo superiores al tiempo". Con la cantilena del estudio de la realidad han marcado en la Argentina su apartamiento del anarquismo una serie de camaradas que se consideraron con bastantes empujes para emanciparse del "anarquismo viejo" y defender puntos de vista que traducidos a un idioma comprensible equivalen a claudicación y a defecación. Esta cantilena ha llevado a movimientos regresivos en todas las fuerzas del anarquismo y provocó la reacción consiguiente: la de los "crystalizados" contra los claudicantes. La lucha intensa de los dos o tres años últimos en la Argentina entre los defensores del anarquismo viejo y los partidarios del anarquismo nuevo, es decir, la reacción de los adictos a los postulados históricos del anarquismo contra los negadores de toda eficiencia y de todo derecho a la vida a esos postulados, ha producido frutos benéficos. El anarquismo ha recobrado su contacto con la época creadora de sus orígenes, ha puesto el pasado en relación con el presente, ha vitalizado las verdades fundamentales de la concepción anárquica, se ha puesto en condiciones de poder estudiar ahora la realidad y aprovecharla, porque no acude a ella a formar un criterio y a recoger de la impresión pasajera una norma de conducta y un contenido ideológico sin conexión con nuestra conciencia, el anarquismo acude ahora a la realidad como movimiento histórico que tiene sus valores probados, sus conceptos superiores al imperativo del momento, que se justifica aún contra el tiempo mismo. Y podemos utilizar ahora la realidad porque tenemos un punto de referencia con el que debemos relacionarla: el pasado, la historia, la experiencia. Si la experiencia cotidiana tiene alguna significación, es porque la asociamos a nuestra experiencia general e histórica. A las claudicaciones, que motivaron durante los últimos años la polémica incesante y el movimiento defensivo de los anarquistas fieles a su postulado de

libertad, debemos el beneficio inapreciable de la reafirmación del anarquismo en sus propias bases. En los países en que la lucha entre las tendencias suscitadas por la revolución rusa y por los acontecimientos políticos del mundo fué tan intensa como en la Argentina, tampoco han llegado nuestros camaradas a la claridad que se va advirtiendo en las filas revolucionarias regionales.

Hasta ahora, el primer resultado visible y palpable es la doctrina sindical, que surge potente en los medios anárquicos de la Argentina, y esa doctrina está lejos de ser fruto de una ruptura con el pasado, es puramente una afirmación crítica del pasado sin pretensiones de innovacionismo. La innovación no hay que buscarla, es espontánea, y natural. La preocupación innovadora es una anomalía que en la generalidad de los casos no tiene influencia alguna positiva. Las grandes épocas de creación no se caracterizan precisamente por el innovacionismo o por la manía innovadora, sino que son más bien fruto de una previa maduración y rumiación de los valores históricos.

La polémica contra las defecaciones, que quisieron encubrirse con el manto de una supuesta incapacidad del anarquismo histórico para apreciar la realidad, y que solo fueron efecto de una ruptura insospechada con el anarquismo, ha podido desenvolverse en dos direcciones: una, la puramente teórica, de examen y afirmación de los postulados doctrinarios del anarquismo, y la otra, la que responde a la aplicación de esos mismos postulados al movimiento obrero. Prevalció ésta; en dos o tres años de lucha se opuso una doctrina sindical anárquica claramente expuesta y generalmente comprendida al viejo concepto marxista del sindicalismo en todas sus ramificaciones, con este motivo se han debido revisar y tener en cuenta muchas afirmaciones del anarquismo histórico y casi podríamos decir de la reafirmación del anarquismo en la Argentina, producida como reacción contra las desviaciones que lo amenazaban, se efectuó gracias a la defensa de las condiciones especiales del sindicalismo regional. Naturalmente la defensa de los postulados anárquicos aplicados al movimiento obrero supone una consideración del anarquismo en general, pero hay sin embargo asuntos y cuestiones de un interés secundario en las aplicaciones del anarquismo al movimiento sindical y que no debieran ponerse menos a la orden del día. La reacción de los anarquistas contra los claudicantes que se disfrazaban de innovacionistas está ligada a serios problemas filosóficos y a principios morales de un valor inmenso que no fueron ni mencionados siquiera. Esta sería nuestra misión de ahora: la apreciación del significado y los límites de la tradición en el anarquismo. Todos estos esfuerzos nos facilitarían la comprensión de la realidad y la utilización del tesoro que encierra para nosotros. Nuestro progreso en el sentido del valor filosófico e histórico de nuestras ideas no puede resultar de la negación del anarquismo, sino de la fortificación de lo que en su pasado hay de esencial y de imprescindible.

Bienvenido sea el impulso que nos lleve al conocimiento de los hechos de la vida cotidiana, a la movilidad y la evolución incesante, pero sin olvidarnos de nosotros mismos, sin olvidar que la realidad no tiene valor sino en relación con los valores de la experiencia y con las verdades y los ideales que tienen una razón de ser independiente del tiempo, precisamente porque tratan de ajustarse a la realidad pero para dominarla e imponerle direcciones y aspectos que no están en ella, sino en nosotros. Frente a la concepción marxista de la historia, los anarquistas han opuesto en la vida práctica más que en teoría su propia concepción, en la que adquiere el individuo y la voluntad un valor que se le niega dentro del marxismo y dentro de las predicas de los sumisos a los imperativos del momento.

Estamos muy lejos de ser fanáticos, estamos muy lejos de justificar los dogmas, pero si queremos que la vida tenga un contenido, si queremos enriquecer ese contenido, no iremos a la realidad pasivamente, a obedecer todas sus sugerencias, sino que procuraremos que el mundo exterior sea modificado y sufra la in-

El espíritu libertario en el siglo XVI

El siglo XVI abunda en espíritus libertarios surgidos de todos los puntos del horizonte: artistas, escritores, sabios, exploradores, filólogos, eruditos... Nunca hubo más estimuladores de pensamientos ni más creadores y realizadores de belleza.

El primer gran nombre que nos llama la atención es el de Erasmo (1467-1536). Erasmo es uno de los que más hicieron en esa época por liberar el espíritu humano y abatir los ídolos. Era lo que llamamos hoy un escritor social (más avanzado, por otra parte, que nuestros escritores sociales), un representante de la literatura de ideas opuesta a la literatura del arte por el arte. Era, no diré un libre pensador, — esta palabra ha sido malograda después — sino un pensador libre, lo que es muy distinto. Erasmo no es un virtuoso: es un profesor de energía, verdadero, porque al afirmar su propia individualidad, — ayuda a afirmarse a los otros; despierta su espíritu libertario al contacto con el suyo. Es un animador en toda la fuerza del término. Es una de las "cumbres" del espíritu crítico en el siglo XVI. Se le ha llamado el Voltaire latino. Desafía, en efecto, en latín, la honestidad de los burgueses en medio de los cuales vive.

El individualismo de Erasmo no respeta nada. El autor del *Elogio de la Locura* llama a los príncipes "bandidos". Combate toda tiranía sin ninguna consideración "De todos los pájaros, decía Erasmo, el águila es el único que pareció a los sabios representar dignamente la realza: no tiene ni belleza ni gorjeo, pero es carnívora, rapaz, devastadora, peleadora, solitaria, odiada por todos, plaga de todos: tiene un inmenso poder de perjudicar, y más voluntad aún que poder".

Erasmo no ha envejecido, y tales pasajes de su obra podrían ser firmados por Sebastián Faure o Kropotkin. Hay muy pocas cosas que añadir a lo que escribió Erasmo hace cuatrocientos años. Erasmo es el buen sentido hecho hombre. Ese hombre razona sobre todas las cosas con una lucidez de espíritu asombrosa. Su curiosidad se ejercita en todas direcciones. Su erudición no es un desmenujamiento de viejos papeles como la de nuestros miembros del Instituto: es creadora y viva. Erasmo se mezcla en la vida, en toda la vida. Desde su torre de marfil lanza a sus contemporáneos una mirada irónica, les dispara dardos acerados. Arrastran, destruyen cada vez alguna cosa o a alguno. Sus invectivas no son gastadas en vano. No se puede menos de amar a Erasmo, que ha realizado en su época una labor de limpieza integral de que los hombres tenían tanta necesidad, porque la limpieza no era una virtud monacal. Amemos a este panfletario precursor de Chamfort y de Rivarol, a este creador de valores, a este higienista moral y físico ante el cual nuestros reformadores no son más que pigmeos.

Erasmo es uno de los cerebros más poderosos y mejor organizados del siglo XVI. Es un pensador y casi un artista. Es un artista humano. Si el arte propiamente dicho no ocupa en su arte más que un puesto accesorio, pues le interesaba más el fondo de las cosas que el modo de expresarlo, es que su arte es su pensamiento mismo, fruto de su rebeldía y de su lirismo. No le llamaré un santo laico: cuidémonos de los santos laicos! Pero tiene sobre todas las cosas una multitud de opiniones interesantes por las cuales se decora hoy a uno de mutualista.

fluencia de nuestro propio mundo interior. Y esto es a lo que se opone la corriente de desviación que hemos combatido especialmente en el campo de las ideas aplicadas al movimiento obrero. Hemos de ser receptáculos pasivos de la realidad, o hemos de reaccionar contra la realidad cuando no nos satisface? Y para reaccionar contra la realidad, ¿no es necesario llevar en la conciencia un ideal de superación? Este ideal ¿no está en el anarquismo histórico?

X. X.

de previsor, de medicastro... Erasmo es un tesoro donde no hay más que tomar a manos llenas, es un río de sabiduría. Ese río mana de la fuente. Profundo y liviano, Erasmo no es un "apóstol", epíteto que nadie quiere darle y con el cual nuestros oficiales abruman a Renan, sino un despertador de almas. Es un camarada y un hermano.

Todo corrector de imprenta debiera venerar a Erasmo y gravar su retrato en los ojos. Porque, corrector él también, fué uno de sus primeros emancipadores. "Erasmo fué la gota de agua, dice Michelet, que arrastró los diques de las aguas retenidas. Sus adagios le conquistaron una justa celebridad y su influencia fué grande. Holbein le pintó coronado de laureles, llevando el mundo tras sí por caminos nuevos.

Hombre de acción, que obra según sus ideas, nada de lo que es humano es extraño a Erasmo. Ha reflexionado y emitido una opinión personal sobre todas las cuestiones, tomó muchas notas e hizo numerosas constataciones. Erasmo penetra en la vida práctica, material, en los menores detalles de la vida doméstica, investiga los más humildes aspectos de nuestra vida cotidiana y, al marchar, siembra sus escritos de profundas reflexiones. Da consejos de higiene, y critica los sistemas de impuestos. Este publicista no se cree deshonrado al ocuparse del "amamantamiento materno". Mejor que Brieux, resuelve la delicada cuestión de las "reemplazantes". Es uno de los antepasados del feminismo, del cual desaprobaría hoy sin duda algunas tendencias.

El individualismo de Erasmo, — lejos de ser una caricatura del individualismo —, no intenta destruir más que a fin de construir sobre bases mejores una nueva sociedad. Pero no se hace ilusiones sobre ello: sabe lo que valen los hombres y lo débil que es la carne. Sabe que hay entre ellos renegados, amarillos y disidentes. No tiene sino una limitada esperanza en la sabiduría humana. El humanismo de Erasmo se armoniza con su individualismo, o más bien es la resultante de su individualismo que no acepta más que lo que la razón le demuestra, mucho antes de Descartes, como justo y verdadero. Hay que reconocerlo. Este gran hombre merece ser considerado como un iniciador. Su influencia ha sido bienhechora en un dado momento y en nuestros días será bueno releerlo. Bayle, ese otro publicista extraviado en el siglo de Luis el Grande, le consagrará un artículo en su *Dictionnaire*. Montesquieu se recordará de él, y su sensibilidad, tan rica como su pensamiento, anuncia la de Rousseau. Por su independencia y su sinceridad Erasmo ha merecido justamente el título de bienhechor de la humanidad, usurpado por tantos otros.

Lo que hizo Erasmo, lo realizó por su parte un cura según los recursos de su genio; que son inmensos. Rabelais (1495-1553) no ha guardado tampoco las fiestas. Rabelais es algo distinto a un viento, como intentó demostrarlo Victor Hugo en un capítulo de su *William Shakespeare* consagrado a los genios.

Rabelais es un "viento," pero ese viento es fecundo, porque no es un "viento dorado". Produce verdades buenas para decir y difundir.

He aquí también un superhombre. La sabiduría de Rabelais es uno de los aspectos más vivos, más notables del espíritu crítico. Toma la palabra por los que no hablan, y piensa por todos. Rabelais es una síntesis de las corrientes más diversas, de las fuerzas contrarias que hacen converger en el sentido de la verdad humana. Rabelais es toda la ciencia y todo el arte de su tiempo, es el hombre integral, el hombre completo, espíritu y estómago, el hombre que siente, que piensa y que obra. Es uno de los hombres a quien más tarde Emerson y Carlyle llamarán representativo, *men, héroe*.

La risa de Rabelais es creadora: es la risa de la crítica, — risa que nada tie-

ne de pedante (*La Gaya ciencia* de Nietzsche), que ataca todos los prejuicios, todas las instituciones nacidas muertas, que carcome las bases de un mundo podrido, — la risa libre de todas las fronteras y que conoce la embriaguez de desenvolverse libremente, burlándose de todo, divirtiéndose con todo, zahiriendo cosas y gentes, pero encuentra también en el fondo de todas las cosas, la verdad esencial que contienen. Rabelais no es grosero, piensen lo que quieran nuestros moralistas. Es alado y sagrado, como el poeta platónico. Es preciso ser grosero uno mismo para encontrar grosería en el *Pantagruel*, grosería que, si existe, es más espiritual que la de nuestros laureados con el premio Goncourt o por la *Vie Heureuse*.

La risa profunda de Rabelais, risa espiritual que no consiste solo en enterrar una mandíbula, se extiende a todo y a todos. Leer a Rabelais es curar la enteritis. Es expulsar toda melancolía; es vivir en el sentido total de la palabra, física e intelectualmente; cosa que no se nos permite es alejarse de la realidad y entrar en sueño etéreo. La crítica de Rabelais, que se ejercía sobre la vida entera, como la de Erasmo, aplica a todo el método experimental, — el de Aristóteles, Leonardo da Vinci y de Bacon. Parte de los hechos para llegar a las ideas. Crítica superior, humanismo (no humanitarismo, no confundamos), amor a la justicia (no a la de los tribunales), a la verdadera ciencia, a la verdadera libertad, a la verdadera igualdad, horror a lo falso, a la mentira y a la fealdad, tal es nuestro héroe, que no tiene nada de nacional.

Rabelais es un europeo, un gran europeo como Goethe, como Nietzsche y Roman Rolland. He ahí su gloria: Rabelais ha sido el enemigo de la guerra: ni Voltaire ni Pascal han combatido con tan buenas razones la estupidez y la idiotez de la guerra. Rabelais pronuncia la palabra *an-arguía* (figura con todas las letras en su obra). Proclama que todo individuo debe ser libre en su persona, e inscribe en el fantasmático de la Abadía de Theleme lo que nadie de entre nosotros puede realizar en el régimen capitalista: *haz lo que quieras*.

Grandgousier, atacado de imprevisto, después de haber rechazado al invasor, aprovecha su victoria para hacer la guerra a la guerra restituyendo su botín y dirigiendo al enemigo palabras de paz y de concordia, todo un admirable discurso, lleno de ideas, de verdades, que harían bien en meditar nuestros católicos: "La época no es ya propia para conquistar así los reinos con daño de su prójimo hermano cristiano. Esta imitación de los antiguos Hércules, Alejandro, Aníbal, Scipiones, Césares y otros tales, es contraria a la profesión del Evangelio que

nos manda guardar, salvar, regir y administrar cada uno sus países y tierras y no invadir hostilmente las otras. Y lo que los sarracenos y los bárbaros llamaban antes proezas, nosotros lo llamaremos ahora banditismo y maldad".

Rabelais no pertenece a ninguna escuela, no se clasifica en ninguna categoría. Es sólo, de su especie.

Rabelais es la libertad de pensar, que se afirma a pesar de los obstáculos, es la crítica aplicada despiadadamente a la tontería, al fanatismo y al sectarismo; es un aspecto nuevo y magnífico del individualismo humanista y del humanismo individualista realizado en una época en que no se estaba tan avanzado como hoy.

Rabelais es el espíritu libertario opuesto al espíritu autoritario, en el pensamiento y en la acción. Rabelais es un superlibertario, un antepasado de Stirner y de Thoreau, que afirma para el individuo el derecho a ser él mismo, la medida de todas las cosas como proclaman los griegos, no reconociendo otra barrera que la que él mismo erija, ni otra autoridad y otras leyes que las propias, absteniéndose de obrar mal, desarrollándose más y más en el sentido de la armonía universal. Proclama el derecho para cada uno de nosotros de vivir según su deseo, sin estatutos, sin reglamento, sin gendarmes, de acuerdo a su fantasía y a su capricho.

Pedagogo, y no en el sentido habitual, educador, filósofo, crítico, esteta, poeta, es el espíritu uno y múltiple, médico, fisiólogo, sabio arqueólogo, historiador y cura, lo es todo. Uno y todo. Es el hombre Proteo. Es el pantéismo encarnado. Pan-teísta, clínico y aún místico (se podría hacer una tesis sobre el misticismo de Rabelais), pero con misticismo especial, claro está. Rabelais es un mundo. Es a la vez el pasado, el presente y el porvenir. Rabelais es más que Santo Tomás una Summa de las ideas de su tiempo, es la filosofía misma, despojada de sus nebulosidades, la filosofía viviente. La verdad de Rabelais es "nuestra" verdad. No nos la impone, nos deja libres para aceptarla o rechazarla. Rabelais es la culminación de una civilización (que no existe todavía). Rabelais, reptámoslo, es algo más que un estómago, no se limita a "hacer el baritonero", como en el *Pantagruel* de Erik Satie, es también un cerebro, y un cerebro bien equilibrado. Desearía seres semejantes en nuestros contemporáneos. Es un espíritu de una configuración poco común, águila que se remonta a las alturas y que no desdía hacer la tarea de los humildes cuervos. Rabelais es una enciclopedia. Es el Larousse del siglo XVI, un Larousse depurado de todas sus nimiedades, de todo su homajismo y de su primarismo.

Jean Bodin (1530-1596). He aquí aún uno al que bastaba escuchar un poco para no dejarnos llevar por la punta de la nariz. Este Jean Bodin es un hombre curioso. Al lado de Erasmo y de Rabelais hace una buena figura. Ha escrito una *Re-pública*, ni burguesa ni soviética (no realizada todavía) un mito como el de Platón, y diversas *Paradojas*. Proclamó que no hay una sola virtud en la mediocridad. ¿Es posible ignorar este otro precursor, este otro excitador, animador de ideas? En sus seis libros de *La República*, (1577), que es el ideal al lado de la nuestra, (la república era hermosa, no bajo el Imperio, sino en la época de Bodin) se revela un hombre de observación y de experimentación. Basa una filosofía de la historia sobre el método de los hechos. Espíritu liberal (nada de nuestro liberalismo), a pesar de cierta sequedad de alma, que depende sin duda de su cualidad de magistrado (porque fué un magistrado como hay pocos, una especie de presidente Magnaud o de Serré de Rivière), este historiador nos ofrece un esbozo de la teoría del medio ambiente al que rendirá su tributo hasta el estético Taine. En su teoría de los climas, que gozará tan gran papel en Herder y en el "Espíritu de las leyes" del barón de Montesquieu, declara que así como la prudencia del mal y del bien es mayor en los pueblos de las regiones templadas, y la ciencia de lo verdadero y de lo falso en los pueblos del mediodía, así el arte que yace en las obras manuales de los pueblos es más grande en los pueblos del septentrion que en los otros... Los pueblos del



El "renacimiento" de Italia, según las teorías de Mussolini.



PAGINA DE ARTE



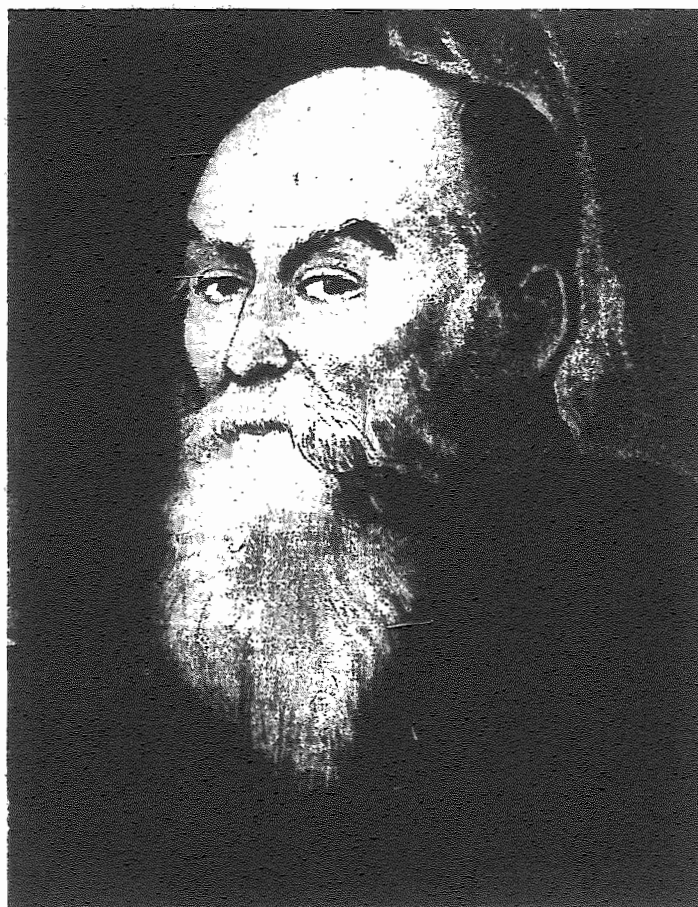
CINCORECCO

Un hombre de genio que adopta un programa hace estallar su marco. Aunque influenciado por ambos, él no tuvo, como lo había formulado su receta sobre el muro de su taller "el color del Tiziano y el dibujo de Miguel Angel". Es un ser autónomo, aparte, a quien nadie se parece y que no se parece a nadie. Un monstruo auténtico: el Tintoretto.

Se le tuvo largo tiempo en desdén de estimación. Permanecía con sus sombras trágicas un poco detrás de los otros Venecianos. ¿Por qué? Dibujaba mal, según parece. Este espíritu formidable, que maneja la luz, abre y cierra la noche, remueve el espacio y lo forma como un dios, hace retremir los muros que encierran su sueño con el más patético tumulto que la pintura haya desencadenado, dibuja mal. También se ha dicho que Shakespeare escribía mal, y que Bonaparte batía a los austriacos o a los prusianos contra todas las reglas. No se ha osado decir qué deplorable profesor de moral hiciera Jesús. Pero San Pablo y Calvino han debido pensarlo.

He aquí entonces el monstruo en el trabajo. Está como ahogado por imágenes, y sea cual fuere la violencia de la irrupción lírica que le brota incesantemente del corazón, jamás aliviado. Pinta con furor, por pintar, con o sin salario, ebrio de desesperación, de fatiga, de creación. Se le encarga con varios meses de plazo un cartón de decoración; la decoración completa está concluida ocho días después. Que se lo llame o se lo rechace, él invade los muros y, como causa miedo, se lo acepta. Se ha preguntado si él no quiere, en esa orgía espiritual que lo consume sin calmarse, olvidar que ama demasiado a su hija. Pero el hecho de amar demasiado a su hija ya supone un ser monstruoso. Se rodea de músicos, que no tocan para distraerlo, sino para llevar su fuerza creadora a su punto más exasperado. Pinta a la luz de las lámparas. Frutos, flores, mujeres desnudas lo rodean. Entre el intervalo febril que separa el retrato de un Dux o alguna gran

mitología trivial que pinta para no perder la mano, de la conclusión de un afresco gigantesco empezado quince días antes — cien personajes, montañas, mares, selvas, palacios, enormes cielos en movimiento — arranca a su violoncelo el llanto que desgarrar sus entrañas. Un



RETRATO DE VINCENZO ZENO

monstruo. Lo veo, para calmar la fiebre de treinta horas de pintura, solo en las noches más negras, errar a lo largo de los canales, escuchar los cantos nostálgicos, los ayes de amor, algún grito de asesinado, mirando pasar un féretro entre el ruido suave de las ramas, y las antorchas humeantes derramando sangre sobre las aguas. La fosforescencia de las olas, el enervamiento de las tardes eléctricas sobre la laguna, las batallas incendiando y

cubriendo de restos las olas, la leche de las diosas desnudas que brota en haces de estrellas, nada de lo que inunda sus composiciones inflamadas por la iluminación o el ensombrecimiento de las almas, no existe antes de haber captado la vida en los dramas íntimos que tienen por hogar a su pecho.

Ese furioso deseo que le hace volcar en sus cielos sus grandes mujeres resplandecientes de aurora, no tiene casi mas nada que ver con el canto pagano del Tiziano o la fiesta del Veronés. Es el grito trágico de la voluptuosidad elevado a la altura del alma, y por lo tanto agitado por tormentas, exasperado por la frecuentación y el gesto de la muerte.

¿Un romántico entonces? Es posible. Tiene, como todos los que se han clasificado como románticos, el don instintivo de hacer avanzar los relieves, de cavar pozos de sombra, de forzar la expresión, en una palabra, de deformar. Es esta deformación el verdadero fenómeno romántico, el que nos encanta siempre y por el cual hemos permanecido románticos, los que atacamos primero el romanticismo, manifiestos del romanticismo mismo, pues nosotros no deformamos más por instinto, para expresar, sino voluntariamente, para deformar o lo que es lo mismo, para crear formas nuevas. Pero él no deforma para deformar y si expresa lo hace sin perder nunca de vista su universo circular y completo, donde, sean cuales fueren sus audacias, las formas creadas por su corazón y tensas como las cuerdas de una lira, se mantienen fielmente en torno del centro invisible, fijado por su voluntad. Como yo no tengo miedo a las palabras, yo veré en él, si se quiere, al metafísico del romanticismo, encerrando siempre, sin desmayar nunca en su constante y colosal orgía, sin un paso en falso entre piedras que ruedan, encerrando sus visiones más tumultuosas, sus formas dislocadas, en el espacio geométrico más solidamente equilibrado. Es el poeta más grande del espacio que la pintura haya producido.

Elie FAURE

mediodía están ordenados para la investigación de las ciencias más ocultas, los del septentrion para las artes mecánicas y la agricultura, y los pueblos de las regiones templadas pueden negociar, traficar, juzgar, arengar, mandar, establecer repúblicas..." Según Bodin, el alimento, las aguas, el aire y las regiones modifican el carácter de las razas humanas. Si un pueblo es trasplantado de un medio a otro hay probabilidades de que sea modificado en sus costumbres consistentemente. Este método concreto, apoyado en los hechos, en los ejemplos y en las pruebas, es ya el método científico de la crítica histórica moderna.

Miguel de Montaigne (1533-1592), fue también magistrado; pero de un temple especial. Montaigne es el Anatole France de una época fértil en acontecimientos. El escepticismo de Montaigne es constructor y productor. Su duda es creadora. Montaigne realiza en él el milagro de ser un escéptico y un creyente. Si no posee fe en los dogmas trasnochados, fe de los débiles de espíritu, desprovistos de espíritu crítico, posee fe en la sabiduría

que hace soportable la vida humana. Los pequeños escépticos no creen nada; los grandes escépticos creen. El escepticismo de Montaigne nos hace amar la vida. Este pagano posee la caridad de que son capaces bien pocos cristianos. Su egoísmo no es el de los animales. Es un individualismo inteligente e instruido: "Soy yo mismo la materia de mi libro", dice en la primera página de los *Ensayos*. Por esto ese libro es tan humano. Se confunde con su "yo", es su yo prolongado, que se reúne a la humanidad. El yo de Montaigne no es el de los seres vulgares: es por eso que lejos de tiranizarlos, de empuñecernos, nos aumenta y nos enriquece.

Se han dicho muchas tonterías sobre Montaigne. En cierto mundo se ha convertido en un hábito el hacer decir a los grandes individualistas lo que no han dicho nunca, y de achicarlos hasta la impotencia. ¿Qué importa? Montaigne no será jamás de los suyos, lo mismo que tantos otros a quienes han acaparado. Aun salidos de las filas de la burguesía, se puede no ser burgués. Todo hombre de genio que piensa libremente no pertenece más que a sí mismo: solo que el partido de la libertad tiene el derecho de re-

vindicarlo. Un hombre que como Montaigne se pone enteramente en sus escritos, obra más profundamente sobre los destinos de la humanidad que tantos falsos artistas que pretenden ir al pueblo y no sirven con ello más que a sus propios intereses.

Montaigne nos enseña el respeto a la opinión ajena, a la libertad de pensar, — predica sin predicarnos. — a la tolerancia, esa virtud que no es ni cristiana, ni laica, sino humana, por la cual, sin aceptar con los ojos cerrados todo lo que el ambiente trata de inculcarnos, consentimos en escuchar a nuestros adversarios. Montaigne nos enseña la comprensión que es el alma de la crítica.

Para Montaigne no hay verdad absoluta. No afirma nada con un tono decisivo y autoritario. No hay más que "verdades" cuyo conjunto constituye la verdad humana.

El decía: "Mi oficio y mi arte es vivir"; espíritu antidogmático no nos causa sino bien por el ejemplo que nos da. Ser uno mismo, he ahí la lección que todo genio encierra en su obra. El escepticismo y el epicureísmo de Montaigne son nuestros "salvadores", como la moral independiente de su discípulo Charrón.

Montaigne, a quien todo hombre inteligente no dejará nunca de releer, y del que poseemos en fin una edición definitiva, Montaigne, hombre de ayer y de hoy, síntesis de la erudición y de la ciencia de su tiempo, uno de los hombres más representativos en el dominio de la creación literaria, es un guía que se puede seguir sin temor a extraviarnos, para separarnos después de habernos enseñado a ser nosotros mismos. Su espíritu crítico, expresión de un individualismo que se diferencia de los otros "yos", no para singularizarse entre ellos, sino a fin de volver a encontrar lo que no tiene de común con ellos, — bien que les supere, — reposa sobre la experiencia y la observación. Montaigne aplica su crítica a los otros tanto como a sí mismo; es lo que constituye su superioridad. Los *Ensayos* son un libro de crítica en el sentido más verdadero de la palabra: Descartes no hará más que marcar sobre las huellas de Montaigne, cuando rechaza la autoridad y la tradición y la sustituye por la autoridad de la razón.

Montaigne es un momento de la emancipación del espíritu humano.

Gerard de LACAZE-DUTHIERS.

WAGNER Y FRANCK

Hoy que Wagner y el wagnerismo están definitivamente clasificados en la historia, es necesario trasladarse a la época en la cual Franck enseñaba, para comprender su influencia y su rol moral, es decir, especialmente al período de revelación wagneriana en Francia, del 1878 al 1890. La irrupción de Wagner en el arte musical ha creado perturbaciones muy violentas. El hombre de Bayruth, al mismo tiempo metafísico, dramaturgo, poeta y sinfonista, ha tentado la fusión de los aires para realizar algo de extraordinario, para hacer colaborar todas las formas en una especie de monumento colosal, babilónico. Como Victor Hugo, Wagner es uno de esos seres meteóricos y terribles, que sobre la marcha del espíritu humano, dejan caer los bólidos de su genio soñando que después de ellos nadie más podrá venir. Hugo creía haber agotado todos los versos; Wagner pensaba haber concebido la música de tal manera que los hombres nuevos no tuviesen más remedio que recurrir al *pastiche* y al retorno estéril de las fórmulas anteriores. Hombres como Bach y Beethoven, en cambio, son tan grandes porque han permitido con su obra y su valor moral un mayor desarrollo del espíritu humano. Ellos inspiran la gratitud y el amor; Hugo y Wagner no inspiran sino una admiración llena de asombro temeroso.

Sin embargo, hay algo más alto que los titanes, y es la Idea, es el Arte, que ningún ser puede absorber y aniquilar.

¿Qué es lo que pasa cuando tales bloques, tales Peliones ubicados sobre tan formidables Ossas, yacen sobre la ruta? La vida quiere continuar, crea vías nuevas, y entonces, después de un silencio respetuoso y temeroso, las corrientes de la vida contornan el peñasco para irse más lejos, para volver a formar el río eterno. Cuando Hugo murió, se creyó que la poesía había terminado; pero aún resonaba en el ambiente el fragor armónico de sus versos, el tronar de su voz, cuando se oyó la flauta exquisita y dolorosa de Verlaine, y se comprendió entonces que el Arte lleva luto por esos príncipes pero, sobre todo, vuelve a florecer sobre las tumbas.

Con Wagner el espanto fué mayor; en el mundo musical hubo un estupor de desaliento. ¿Qué hacer después de esos grandes gritos de Tristán y Parsifal glorificando el Nirvana y luego la Cruz? Parecía que la música no podría arrastrarse sino en la sombra del dios de Bayruth. Fué entonces que entre la desorganización, entre la inquietud universal, César Franck apareció como, después del huracán, el buen pastor que vuelve al redil espantado el orden y la confianza. Franck, desconocido, pobre y tímido, supo sin embargo, con el encanto y la virtud de su dulce genio de primitivo, retener sobre la pendiente peligrosa a los jóvenes que serían, años más tarde, el único grupo coherente en la escuela sinfónica francesa. A ellos inculcó Franck que la música debe ser amada por sí misma más que el hombre que supo plegarla a su voluntad; les demostró el peligro de embarcarse en una dramaturgia que no era buena sino para él, les hizo comprender el carácter de excepción del wagnerismo, demostrándoles que el solo medio de salvarse de la impotencia y de la imitación era volver a las formas primitivas

y puras, a la sonata, a la sinfonía, al quator, a todas esas formas que Wagner había triturado para echarlas en su crisol de mago prodigioso.

Esta enseñanza dada en un rincón por un viejo artista desconocido, ha salvado a la música moderna; Franck es el ejemplo típico de esas influencias secretas que transforman las ideas de una época sin que se pueda preverlas. En suma, su intervención, a la vez tradicionalista e innovadora, ha fijado la orientación de toda una época con un tacto raro y sin espíritu de reacción. Y su enseñanza técnica fué completada por su enseñanza moral. Era un alma resplandeciente de virtudes. Su insuceso escandaloso ha sido una incomparable lección para sus amigos. ¿Quién hubiese osado quejarse, cuando él sonreía, pobre, rechazado o silbado cuando se ejecutaba algo suyo por casualidad? Sus discípulos aprendieron de él la paciencia, la integridad, el desdén del éxito fácil, el amor exclusivo del arte y la religión del escrupuloso artístico.

Camilo MAUCLAIR



TINTORETTO — El hombre de la toga

BIBLIOGRAFIA

SEMPRE! (Almanaque de la Union Sindical Italiana)

La Unión Sindical Italiana no ha muerto, aunque carezca en Italia de locales, de prensa, de vida pública, de posibilidades de acción; el fascismo dará a nuestros camaradas de Italia la noción de que un organismo revolucionario vale más por las ideas que represente que por la organización misma. La U. S. I. ha muerto como organización bajo los golpes feroces de la reacción; si la U. S. I. no hubiese sido más que una mera organización, su muerte definitiva no podría ponerse en duda; pero la U. S. I. era algo más, era una idea, esa idea vive en los trabajadores, no obstante carecer momentáneamente de los signos exteriores de la actividad revolucionaria. Cuando la era fascista haya sido superada; o cuando las fuerzas del porvenir hayan domado un poco sus arrogancias, veremos en Italia la Italia de la revolución, tan firme como siempre en sus anhelos de conquistar una

vida mejor para la humanidad; la U. S. I. habrá desaparecido como organización, pero en tanto que exponente de una aspiración de los trabajadores italianos, se nos aparecerá siempre con vida y siempre en la brecha.

Una demostración de que el fascismo no ha matado sino en apariencia a la U. S. I. es la aparición del almanaque *Sempre!* que es como un desafío a los dictadores de Italia. En unas 180 páginas de papel satinado, con numerosas fotografías de interés para la historia del movimiento revolucionario, y artículos de actualidad y de doctrina, *SEMPRE!* lleva una

UNA CARCA DE COLCOI

Tolstoy debió sufrir por esta época (1897) una crisis aguda proveniente de las contradicciones entre su propia concepción de la vida y la concepción de todos los que le acompañaban. Debí, probablemente, expresar con amargura y pasión sus dolores; después por un resurgimiento moral debió arrepentirse de sus acusaciones y destruir esas amargas páginas. Se ve por el lapso que dejó de escribir en su *Diario Intimo*, — el intervalo es de más de un mes y medio — que no había podido volver a encontrar bastante calma para poder hacer sus apuntes cotidianos. Por otra parte, conocemos su carta del 8 de Julio de 1897, escrita en este intervalo y dirigida a su mujer, en la que él se declara decidido a abandonar Yasnaya Polyana. Volvió sobre esta decisión, y la carta no fué enviada a su destinataria, según su deseo, sino hasta después de su muerte. No obstante, este documento es de primer orden, y lo damos aquí, íntegro;

"Querida Sonia:

"Hace mucho tiempo que sufro por la separación que existe entre mi fe y mi vida. Yo no he podido conseguir hacerle cambiar en tu manera de vivir, en tus costumbres, que yo mismo te he inculcado en vida precedente.

No he podido abandonarte, pues tengo temor de que mi ausencia prive a mis hijos, los menores, de la dosis mínima de influencia que yo pueda ejercer sobre ellos. Además, no quería aflijirte. Pero no puedo continuar más la vida que he llevado estos últimos diez y seis años, con estas luchas continuas, estas irritaciones recíprocas, cediendo a las tentaciones que me son habituales y que me asedian; tengo bastante con eso y he resuelto realizar lo que deseo desde hace mucho tiempo: irme. A medida que avanzo en edad, una vida semejante se hace de más en más difícil, y la soledad me atrae cada vez más. Actualmente, los niños son adultos; mi influencia no es necesaria en la casa. Todos vosotros tenéis vuestros propios intereses que os harán soportar fácilmente mi ausencia. Lo que me tienta más es el ejemplo de los sabios hidalgos que a la edad de sesenta años se retiran al bosque, viejos religiosos, a pasar el resto de su vida en la contemplación; y no consagraria ya más a farasas, a calembres, a los patines, al tennis y a otras pequeñeces...

Así yo, habiendo alcanzado mis setenta años, guerría con todas las fuerzas de mi alma, encontrar esta tranquilidad, esta soledad, no digo la armonía completa, aunque si menos desgarrante lucha entre mi vida, mis creencias y mi conciencia.

Si hubiese enunciado todo esto abiertamente, habrían resultado de ello ruegos, llantos, imploraciones; y habría debido quedarme y no ejecutar mi decisión, y esta decisión debe ser realizada. Te pido, entonces, que me perdones este acto que puede hacerte mal, a ti sobre todo.

Sonia: Con toda mi alma, déjame libremente, no me quieras más, no me acuses. Mi partida no significa que esté descontento de ti. Yo sé que no has podido, literalmente lo has podido y no puedes, ver y sentir las cosas como yo las siento, y por consiguiente no podrás cambiar tu vida y hacer sacrificios por lo que no

voz de aliento a los militantes del mundo entero y la seguridad de que no hay fuerza de reacción capaz de matar las ideas.

SEMPRE! se lee con gusto, tanto por su presentación esmerada, como por el material que contiene y se conservará en el archivo de todo revolucionario como una página de historia y de heroísmo.

Un medio de ayudar a los camaradas que luchan contra la reacción fascista es la adquisición de este libro, que es de utilidad también para los que sigan la trayectoria del movimiento liberador de la humanidad.

comprendes. Esta es la razón por la cual no te acuso.

Rememoro con afecto, los 35 años largos de nuestra vida común, sobre todo de la primer parte de esta vida en la que tuviste que soportar con la abnegación maternal de que tú eres capaz, todo lo que concierne a tu propia vocación. Me has dado a mí y al mundo lo que podías dar, mucho amor y devoción maternal, así no es posible no apreciarte en esta obra... Pero durante los últimos 15 años nos hemos separado. Puedo creer que sea por mi culpa, pues sé que he cambiado; ni por mí ni por los hombres, pero porque no pude proceder de otro modo. Así, no te acuso de que no me hayas seguido, sólo te agradezco y guardo de ti un recuerdo de amor por todo lo que me diste. Adiós, querida Sonia; tu afectuoso.

León TOLSTOY

Tolstoy, empero, no pudo realizar esta decisión, sino algunos días antes de su muerte, en otoño de 1910; trece años después de haber escrito esta carta.

(*) Traducción hecha del *Journal Intime*, II parte (1895-1910). Los comentarios pertenecen a Pablo Birukoff, su traductor francés.

Ideas y paradojas

He encontrado en algunos sabios el candor del niño, y todos los días se ven ignorantes que se creen el eje del mundo. ¡Ay! Todos nos consideramos centro del universo. Es la ilusión común. El barrido de la calle no escapa de ella. Esa ilusión le llega de los ojos cuyas miradas redondean en torno suyo la bóveda celeste, situándolo en el mismo centro del cielo y de la tierra.

La humanidad, rara entre los doctos, es mucho más rara entre los ignorantes. Cuanto más pienso en la vida humana, más creo que hay que darle por testigos y jueces la ironía y la piedad que son dos buenas consejeras. La una, sonriendo, nos hace amable la vida; la otra, llorando nos la hace sagrada. La ironía que invoco no es cruel; no se burla ni del amor ni de la belleza. Es dulce y benevolente. Su risa calma la cólera, y ella es quien nos enseña a burlarnos de los malos y de los tontos, a quienes sin ella, tal vez tendríamos la debilidad de odiar.

Anatole FRANCE

En la vida intelectual del hombre, como en las especies zoológicas, lo malo no es la mudanza, sino la regresión, el atavismo.

La variación supone vigor; la firmeza reposa, perece cerebral, inercia del pensamiento, signo de decrepitud y muerte.

S. RAMON Y CAJAL.

La revolución alemana y el militarismo

Frecuentemente hemos oído que la historia es la maestra de los pueblos, y no sólo los frívolos y los superficiales tuvieron en sus labios esta aparentemente profunda afirmación, convertida en ellos casi en verdad absoluta. ¡Es lástima sólo que la apreciación de los sucesos históricos sea tan asombrosamente diversa! Hasta la misma "interpretación de la historia" lleva a los más distintos resultados, y las "conclusiones históricas" son ordinariamente tan diversas como los historiadores. Hoy como ayer, permanece aún irresuelto el problema de si las "lecciones históricas", que deben determinar el curso y la conexión interna del desarrollo histórico, y que todo filósofo de la historia se alaba de haber fundamentado, existen realmente o si se trata más bien de conclusiones engañosas de nuestra representación espiritual. Pero una cosa es segura, que los pueblos hasta ahora aprendieron muy poco en la historia y en verdad se han empeñado celosamente en comenzar toda supuesta nueva fase de su destino social con una terrible imitación del pasado. Parece como si toda fase de la vida social y de la concepción espiritual del hombre desarrollada anteriormente con ella agotara todas las posibilidades de su existencia antes de la aparición de una nueva cultura social y de que los hombres hayan sido ganados para el conocimiento interior de nuevas perspectivas. Pero habríamos llegado felizmente otra vez en las primeras fórmulas hipotéticas a una nueva "interpretación" de la historia y ese no es verdaderamente el fin de estas líneas.

Si la historia fuera en realidad la "gran maestra de los pueblos", el pueblo alemán debía ser hoy el más inteligente y más espiritualmente avanzado de Europa, sino de todo el mundo, pues las lecciones que podría deducir de la monstruosa catástrofe de la guerra mundial, son tan patentes y tan claras que no pueden con facilidad ser erróneamente interpretadas. Y, sin embargo, cuán pequeño es el número de los que en nuestro país han llegado a una nueva valoración de las cosas por las grandes experiencias históricas de los últimos dos lustros!

No sería justo sostener que los acontecimientos históricos de los últimos ocho años han pasado por el espíritu del pueblo alemán sin dejar rastro alguno. Pero las impresiones no afectaron más que a la superficie y no echaron profundas raíces en la conciencia del pueblo. Se vislumbran ciertas conexiones de un modo puramente instintivo, pero las representaciones generales son por completo tan confusas y nebulosas que no podrían determinar una clara y determinada elaboración espiritual. Alemania padece aún hoy de prusianismo, bien que no existan ya en la medida que antes las condiciones materiales para su cultivo.

Hablo aquí de un determinado sistema político, de una cierta tendencia de ideas que sirvió durante un siglo como fundamento al gobierno del Estado prusiano y que representa la condenación de la evolución cultural de Alemania, la fatalidad de Europa y también se convirtió últimamente en la fatalidad de la revolución alemana.

El Estado prusiano se desarrolló bajo condiciones particulares. Artificialmente educado y fortalecido por el viejo reinado absoluto de Francia por una parte y por otra por el despotismo ruso, los cuales tenían interés en debilitar el poder de Austria y la dinastía de los Habsburgo y se excedieron en ofrecerle como sus primeros defensores frente a la servilidad y la desvergüenza adulatoria de sus amos, en tanto que oprimieron con despiadada crueldad las grandes masas de sus súbditos. Infidelidades, astucias, falta de escrúpulos hasta el grado más extremo, — estas eran ya las características del Estado prusiano, cuando aún atendía como vasallo obediente los negocios de la monarquía feudal francesa y del zarismo en Europa. Y cuando después se despojó de la condición de vasallaje y entró en la historia como Estado independiente, jamás abandonó ese carácter básico de su esencia, antes bien lo desarrolló como

sistema. Toda la evolución de Prusia fue la evolución de un Estado bandolero por excelencia. Cada página de su desastrosa historia presenta el testimonio de ello. Sus grandes reyes fueron naturalezas despotas, brutales, espiritualmente inferiores, ajenos a todo sentimiento de cultura. Federico el Grande, la única excepción bajo el aspecto de la instrucción en la galería de los reyes prusianos, reconoció justamente este rasgo cuando en su juventud, ciertamente en un ímpetu de vergüenza, escribía su "Anti-Maquivelo". Pero después fue precisamente de aquellos que dieron al sistema militarista prusiano su propia significación.

Pues el militarismo prusiano es un capítulo completamente especial en la historia. No se le puede comparar con los sistemas militaristas del pasado y de otros pueblos. Y si el militarismo prusiano creó escuela durante los últimos cuarenta años en otros países, ese fenómeno no nos manifiesta sólo la corruptibilidad del influjo prusiano en todo el desenvolvimiento cultural de Europa.

El militarismo no equivale a la existencia de ejércitos armados. El militarismo es más: es la paralización puramente mecánica del cerebro, el estrangulamiento de toda responsabilidad personal, de todo sentimiento independiente, en una palabra, el militarismo es el sentido prusiano es la servidumbre del hombre elevada a principio. Por esta razón debe ser particularmente distinguido el militarismo prusiano.

Napoleón I era el representante de un nuevo sistema militarista que se había desarrollado en el curso de la revolución. Pero sus soldados eran hijos de la época, crecidos en las tempestades de la revolución. Penetrados por las nuevas ideas revolucionarias, miraron con desdén el desprecio la vieja Europa feudal que caía en ruinas bajo sus puños. Contra su voluntad, los ejércitos de Napoleón llenaron una cierta misión histórica en tanto que difundieron por todas partes las ideas de la revolución. Aunque en uniforme, sin embargo fueron los portadores de un principio revolucionario.

Pero el militarismo prusiano era de otra naturaleza. Sus soportes eran en aquel período los representantes genuinos de la reacción. Supieron extirpar completamente en cada soldado todo sentimiento de independencia, toda dignidad humana, todo impulso propio, y transformaron en autómatas sin voluntad. En el país de los bastones de los cabos de escuadra, y de los desfiles de gala, no había lugar para pensar y decidir por cuenta propia. Aquí la "limitada razón de los súbditos" fue elevada a la categoría de virtud y la sumisión incondicional declarada un principio. Y puesto que todo el arte del Estado prusiano fue una hechura del militarismo, se trasplantó sistemáticamente a todas las esferas de la vida social el espíritu militarista y fué cuidadosamente cultivado. De este modo todo impulso creador, toda independencia en el pensar y en el obrar del pueblo fueron regularmente eliminados y se estableció una osificada burocracia para la providencia política del país. Las palabras de Ibsen: "Prusia es un Estado de camareros y el camarero es el mejor soldado", tienen una profunda significación psicológica y señalan acertadamente la mentalidad de un pueblo. En este sentido Prusia fué un Estado modelo, en el peor significado de la palabra, un peligro para el mundo y un zapato español para el desenvolvimiento cultural del pueblo alemán.

En 1848 se imaginó poder germanizar a Prusia. Pero la revolución alemana se estrelló entonces como hoy en el militarismo prusiano. En las tumbas de la fortaleza de Rastatt y en las campañas ensangrentadas del sur de Alemania y de Sajonia, la libertad alemana fué pisoteada mortalmente por las botas militares de Prusia. Pero la vieja cuestión: "¿Debe ser germanizada Prusia o prusianizada Alemania?" fué resuelta en 1866 a sangre y fuego, y resuelta justamente a favor de Prusia. Bismarck provocó la guerra con Austria, como provocó antes la

guerra con Dinamarca y después la guerra con Francia. Desde 1866 se inició la prusianización sistemática de Alemania y con ella comenzó la caída de la vieja cultura alemana. Así como en 1849 Prusia estranguló la libertad alemana, así envenenó ahora las fuentes del pensamiento y del sentimiento alemán. El "pueblo de los poetas y de los pensadores" fué sometido al lecho de Procusto de las ideas militaristas, hasta que murió en él la poesía y el sentimiento.

Comienza en 1866 la tragedia propia del pueblo alemán y así terminó la política de violencia de Prusia; desde 1870, el camino de la evolución de Europa en los próximos cincuenta años. Francia había abierto con su gran revolución un sendero para la libertad y dió la señal de muerte de la vieja Europa. La revolución francesa abrió a la humanidad europea inspechadas perspectivas de una nueva evolución social en la dirección del socialismo. El período de la reacción después de la derrota de Napoleón I y el golpe de Estado de Bonaparte en diciembre de 1851 pudieron retardar esa evolución, pero nunca suprimirla. Por la desgraciada guerra de 1870-71, que había planeado y preparado desde hacía mucho tiempo Bismarck, y finalmente estalló gracias al falseamiento del despacho de Ems en el momento conveniente, fué esta fecunda evolución social repentinamente interrumpida. La fatal anexión de Alsacia y de Lorena y el silencioso plan de Bismarck de preparar a Francia el destino de Polonia, impulsó a un gran número de las fuerzas más capaces del otro lado del Rhin al campo del nacionalismo, tueras que en otras condiciones morales hubieran fomentado la revolución. La victoria del espíritu prusiano sobre el espíritu francés fué al mismo tiempo la victoria de la reacción y del militarismo sobre el espíritu de la revolución y del socialismo.

Los armamentos militares del nuevo imperio alemán dieron a todo el desenvolvimiento de Europa otra dirección. Para contrarrestar el peligro de guerra que les amenazaba desde Berlín, los demás Estados se vieron obligados a participar en ese trust de competencia, y de ese modo provocaron la militarización de Europa. Así se transformó el continente en un campo de ejército armado al que debía sacrificar cada pueblo la mayor parte de sus presupuestos nacionales. Pero en la misma Alemania comenzó una era de la más brutal opresión y servidumbre. Doce años de leyes de excepción robaron a la clase obrera todos sus derechos civiles. Un miserable sistema político axfisió toda iniciativa del pueblo. El espionaje y la acción policial encontraron en todas partes fructífero terreno. Un repugnante servilismo infectó la moral pública y creó la humillación y la prostitución del carácter en todas las capas de la población. Rastrosos y hipócritas circundaron el trono de un loco megalómano que entregó Alemania al ludibrio de todo el mundo. En Prusia y Alemania fué predicada la teoría de que el hombre comienza tan solo en el teniente, y estas palabras no eran por desgracia solamente frases. La clase de los junkers prusianos, la más brutal, la más espiritualmente pobre y la más reaccionaria de las castas de Europa, dominó la vida pública y agotó al pueblo en nombre del patriotismo y del amor a la patria. Una ridícula presunción frente a otros pueblos se abrió amplia vía en las filas del proletariado organizado. No hay que maravillarse, pues, que el 1 de agosto de 1914 no hubiera en Alemania partidos y las masas fueran atacadas por un vértigo que tocaba en la demencia, no, que era propiamente una demencia.

Es sumamente característico que en un tiempo Kromprinz austriaco Rodolfo, suicidado en 1889, haya juzgado de un modo tan idéntico todo el curso de la evolución del imperio alemán. En una carta a un amigo de confianza, 24 de agosto de 1886, que tan solo ahora fué dada a la publicidad, compara el Habsburgo la evolución espiritual de Francia y de Alemania y dice: "¿Qué hay contra Alemania? Nada más que una enormemente extendida soldadesca prusiana. Un Estado puramente militar, lo que era antes, sólo que aumentado. ¿Qué benefició el año 1870 a Alemania? Además de los pequeños reyes y príncipes ha recibido un emperador. Debe pagar un ejército más gran-

de y unas ideas de unidad y de imperio mantenidas y defendidas por soldados, policías y una fuerte burocracia están suspendidas sobre la punta de las bayonetas de un patriotismo ordenado y artificioso".

Este principio de sangre imperial comprendió más las conexiones históricas de Alemania que nuestros modernos estadistas social demócratas que no salieron de la palabra de orden corriente de la "idea de la unidad alemana". No es un milagro, por consiguiente, que no se comprendiese de ninguna manera por esta parte en el estallido de la revolución de noviembre la gran importancia de la nueva situación creada. Indudablemente, nuestra revolución tuvo circunstancias especiales. No vino de lo profundo del pueblo sino que casi nos fué impuesta desde afuera. Después que el viejo sistema acabó de jugar sus últimas cartas y entregó a los estadistas aliados la declaración de que toda negociación con un Hohenzollern estaba excluida, fué la revolución para Alemania una necesidad política para conseguir la paz. Los jefes del partido social demócrata se acomodaron solo con disgusto a esa necesidad y soñaron hasta el último momento con un compromiso. Todavía la misma víspera de la revolución de noviembre publicó el "Vorwärts" un artículo de fondo en que declaró que el pueblo alemán no estaba maduro para una república. Esto sucedió 24 horas antes del estallido de la revolución. Tan solo cuando se vió que lo viejo se derrumbaba casi sin resistencia, y sus más reconocidos representantes buscaban en rabiosa huida su salvación en el extranjero, tuvieron los jefes socialistas el valor de ponerse al frente del Estado y de aclamar la república.

Llegó un momento naturalmente difícil. El porvenir entero de Alemania estaba en la balanza, pero, fuera de un puñado de hombres, nadie comprendió la grandeza de la causa que estaba en juego. Para dirigir a Alemania hacia una nueva vía en su futura evolución, se debían quitar del camino resueltamente todas las supervivencias del pasado y especialmente todas las instituciones que servían al viejo sistema como punto de apoyo, o, si eran aún necesarias, someterlas a una purificación fundamental por lo menos. Era necesario en primera línea acabar con la clase prusiana de los Junkers, que había sido el portaestandarte del espíritu prusiano y del sistema militarista de violencia. Pues aquí estaba el peligro para la revolución; peligro que debía ser apartado bajo todas las circunstancias. Para oponerse a este peligro no había más que un medio: la expropiación de los grandes terratenientes nobles. Sólo de este modo hubiera sido posible conjurar el peligro y romper de una vez por todas, el influjo político del junkerismo prusiano. Pero nadie pensó en esto y el nuevo gobierno, hasta cuando los independientes estaban aún representados en él, habría combatido hasta la muerte una medida semejante. En lugar de realizar esa expropiación, se luchó por convocar Asambleas Nacionales por las mil nimiedades que propiamente no podrían ejercer el influjo más insignificante en la situación de las cosas.

El sistema militarista había hecho quiebra y debía ser el primer cuidado de la revolución privarle de toda posibilidad de restablecerse de nuevo. En las masas, que habían sufrido enormemente durante los largos años de guerra, fermentaba la subversión. Se sentía instintivamente la necesidad de acciones decisivas, y se veían por todas partes coleras amenazas o descontento ante el nuevo carácter de la situación. Y este descontento se hizo aún más fuertemente sensible cuando abandonaron los independientes el gobierno y dejaron a los socialistas de la mayoría la responsabilidad entera. Pero el partido comunista, que se agrupaba alrededor de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, recibía sus instrucciones de Moscú y no era capaz de desarrollar una idea original que tuviese en cuenta las condiciones de Alemania. De la izquierda no se recibió ninguna palabra de orden comprensible, pero justamente su nebulosidad inspiró a muchos obreros que esperaban algún milagro.

Bajo estas circunstancias estalló en enero de 1919 la revolución en Berlín, inspirada por los comunistas y el ala izquierda

de los independientes. La sublevación estaba destinada al fracaso desde el comienzo, pues le faltaba un objetivo claro y la orientación más elemental. Liebnicht y Rosa Luxemburg estaban al principio contra la sublevación y a disgusto, ante las amenazas y los ruegos de sus partidarios, se pusieron a la cabeza de un movimiento del que podía predecirse que no llegaría a ninguna solución ventajosa. La liberación del presidente de policía de Berlín, Eichorn, como punto de partida del movimiento, era débil desde el punto de vista político. Y la conquista y posesión del "Vorwaerts" y de otros locales de diarios no fué una palabra animadora para las masas.

Pero el gobierno socialista no supo en su perplejidad obrar de otro modo a como obran en tales circunstancias los demás gobiernos. Hizo venir a Berlín a Gustavo Noske, con cuya brutal e inextinguible energía se esperaba poder dominar la sublevación. Noske, un hombre de frente estrecho y de espíritu limitado, cuya comportacion, militar y espiritualmente, había provocado ya antes de la guerra frecuentes y tempestuosas contradicciones de los elementos radicales del partido social-demócrata, no encontró nada más sano que hacer que volverse a los aborrecidos oficiales reaccionarios para someter con su ayuda la insurrección. Estos se rodearon de sus "gentes de confianza" y marcharon con verdadera voluptuosidad contra los rebeldes, en los que querían desfogar su cólera. En pocos días fueron sangrientamente sometidos los insurrectos; se cometieron las atrocidades más pavorosas, pues la soldadesca inhumana, excitada por sus oficiales, no conoció la compasión. El cruel asesinato de los parlamentarios, cuyos camaradas mantenían ocupado el edificio del "Vorwaerts", y de Liebnicht y Rosa Luxemburg, crimenes

que todavía no fueron exiliados a pesar de que el nombre de los asesinos es conocido del mundo entero, fueron solo algunos episodios de esa gigantesca carnicería humana. Pero los oficiales y sus hordas pretorianas fueron festejados por la burguesía como salvadores de la sociedad y apoyados monetariamente.

Y ahora comienza la organización de los llamados "cuerpos voluntarios" en todo el país. Los horrores bolcheviques y supuestas irrupciones de los polacos en distritos alemanes dieron el pretexto para que aparecieran en la superficie los oficiales reaccionarios para alistar los voluntarios, a los que se prometió una vida de completa delicia. Se reunieron y alistaron en todo el país aventureros de toda calaña, dispuestos a ejecutar los hechos más criminales. En todas las columnas de atención se colocaron grandes anuncios que incitaban a los viejos "soldados probados" a ingresar en esos cuerpos. Y el gobierno socialista fué bastante imbécil y criminal para apoyar y fomentar los manejos de estos modernos lasquetines. No únicamente las hojas burguesas, también las social-demócratas, tuvieron la poca vergüenza de imprimir en cada número las reclutaciones de estos enterradores de la revolución, — en primer lugar el "Vorwaerts", órgano oficial del partido social-demócrata.

Con ayuda de estas hordas pretorianas logró Noske abatir y asfixiar literalmente en sangre los movimientos revolucionarios en todo el país. El que quiera informarse más detalladamente sobre los terribles crímenes de estas bandas asesinas, lea el pequeño escrito: "Zwei Jahre Mord" por E. I. Gumbel, que contiene una lista cronológicamente ordenada y bastante expresiva de las vergüenzas acaecidas durante la gloriosa dictadura de Noske.

Más tarde, cuando los aliados exigieron la disolución de esos llamados cuerpos de voluntarios, fué distribuida la mayoría de estos mercenarios, que no encontraron alojamiento en el ejército nacional, en colonias, en las posesiones de los junkers prusianos. Es un secreto a voces que esos bienes están provistos de armas de toda especie que se piensa emplear oportunamente contra el propio pueblo. De este modo los junkers son hoy capaces de organizar el bloqueo del hambre contra el proletariado de las ciudades, sin que el gobierno pueda superarlos en nada. Toda la nación está cubierta de organizaciones militares secretas que encuentran su punto de apoyo en especial en Baviera. El asesinato de Gareiz, Erzberger, Rathenau, etc., y las investigaciones consecutivas de la policía nos han permitido echar un vistazo en los manejos sombríos de estas organizaciones criminales protegidas y fomentadas en todas las formas por los círculos reaccionarios de la burguesía alemana y por los junkers.

Bajo la impresión del asesinato de Rathenau, el Reichstag elaboró una ley llamada de protección a la república, especialmente recomendada con ardor por la social-democracia. Es grotesco ver directamente como las mismas gentes que han ayudado a restablecer en su puesto la reacción y el militarismo, queden borrar del mundo los desastrosos resultados de su política mediante leyes de excepción. Y respecto de esto, los inteligentes entre ellos saben muy bien que este medio debe quedar sin eficiencia pues el aparato entero de la administración de la república está minado por funcionarios que sabotean sistemáticamente toda medida de protección a la república. Y además, el ejército nacional es un organismo completamente monárquico, cuyos jefes, pagados por la república, no se ocultan para cubrir a los gobernantes republicanos y socialistas con públicas ironías y mofas en toda ocasión conveniente o no conveniente. En realidad, el junkerismo domina todas las fuerzas militares de la república. En este concepto, como el "Vorwaerts" debió confesarlo, el contraste es peor aún que en el régimen de Guillermo. Mientras que bajo la monarquía había 169 generales de origen burgués, frente a 231 nobles, hoy están casi todos los puestos de mando en la república ocupados por nobles.

Así, el militarismo se ha convertido otra vez en la fatalidad de la revolución alemana, lo mismo que en 1849 y fué la democracia la que allanó el camino para su nuevo triunfo. La gran tragedia del pueblo alemán llegará completamente a su fin cuando haya sido superado el espíritu de Postdam y el camino erróneo del socialismo de Estado, para construir con sus propias manos el templo de un nuevo y libre futuro.

Rudolf ROCKER

Berlin, abril de 1923.

Apliquemos el anarquismo

Un burgués argentino, que se las da de cristiano y de orador, pronunció días pasados una conferencia titulada: "El ideal como factor sociológico", tema por demás interesante y con el cual puede muy bien fustigar al presente régimen social un orador que se disponga decir la verdad.

Pero el cristiano conferencista que nos ocupa supo conducirse bastante correctamente para con su auditorio — compuesto casi exclusivamente de burgueses — y mereció nutridos aplausos, como dicen los pinches de la prensa grande.

Después de revolotear un buen rato alrededor del tema enunciado, como esquivándole el cuerpo a la dureza propia del asunto, o quizás para no asustar de entrada nomás a los burgueses oyentes, reclinó al terminar su disertación se atre-

vió a tocar, aunque muy suavemente, una de las cuerdas correspondientes al referido tema.

Digámosle:

"Lo que plantea la crisis obrera en el mundo, es que por todas partes los trabajadores están sintiendo nacer en sí el sentimiento de su dignidad de hombres y que, por todas partes, las clases superiores se niegan a reconocer esa dignidad. Y lo mismo se puede decir de la crisis doméstica que plantea la creciente e incoercible dignificación de la mujer. El feminismo, la cuestión social, la cuestión internacional son pruebas de que nuestros ideales tienen que ensancharse, hacerse más generosos, superiores: cristianos, en una palabra, culminando la obra empezada por los profetas y perfeccionada por Jesús."

En todo esto estamos de acuerdo, excluyendo el término "clases superiores" con que el orador designa a los parásitos, porque no se atreve a desairar a su clase.

Pero quien conoce la magnitud del mal y llega a indicar en donde reside, debe haber pensado también que ha menester un remedio vigoroso para atacarlo con alguna probabilidad de éxito. Y no encontramos en todo el discurso de este conferencista otra recomendación en este sentido que este pobre consejo a las clases superiores: hay que hacerse cristianos...

Para ese buen burgués nada valen los dos mil años de fracaso que lleva el cristianismo; de nada vale que los parásitos sociales bayan hecho de ese ideal un *modus vivendi*, como hacen los políticos con los suyos. Aún le parece posible que las bestias doradas — los privilegiados de la fortuna y del poder — estén en condiciones de desarrollar los sentimientos humanos en sus almas podridas, agusanadas de utilitarismo.

Concedamos que el cristianismo, en su forma primitiva, no carecía de fuerza redentora. Pero su mismo fracaso indica que el mal a que fué aplicado era muy superior al poder curativo de ese medicamento. Y si ya en aquella época resultó imposible redimir a la humanidad por medio del cristianismo ¿a qué recomendar hoy ese ideal como factor de redención? ¿Acaso están hoy las diversas clases sociales en mejores condiciones morales que hace dos mil años?

No, lo que hoy debe recomendarse — no a la clase superior sino a los interesados en su liberación, que son los productores de la riqueza — no es la doctrina de mansedumbre que predicó el pobre judío de Galilea; es la revolución social expropiadora de la riqueza usurpada y exterminadora del parasitismo. Este es el único camino que les queda a los trabajadores que "están sintiendo nacer en sí el sentimiento de su dignidad de hombres". Porque tales trabajadores habrán alcanzado a comprender que sin una acción violenta de su parte, las clases superiores no les han de reconocer esa dignidad. Hace dos mil años que se aplicó el cristianismo y no ha dado resultado. Apliquemos el anarquismo, que es el ideal de esta época, y veremos si la humanidad, despojada de los bienes "suyos", no se redime!



El guardián de la cultura



Confesión del Karl Kautsky sobre la originalidad del Manifiesto comunista

El presente trabajo del camarada Tcherkesoff fué publicado por primera vez en ruso en el año 1907. Luego fué editado en alemán. Ramus lo publicó también en su Jahrbuch der Freien Generation, 1914. En español este importante artículo es desconocido y nos congratulamos de ofrecerlo a los lectores del Suplemento y en la convicción de que no ha perdido su actualidad.

Por boca de las figuras principales del marxismo ortodoxo, el "socialismo científico" ha confesado finalmente que las ideas básicas del "Manifiesto comunista" no son ni grandes ni originales descubrimientos de Carlos Marx y de Federico Engels, como fué hasta ahora sostenido por Kautsky mismo y por Bebel, etc.: que esas ideas han sido conceptos generalmente difundidos por los socialistas franceses anteriores a 1848.

Confesaron también que esas ideas ya estaban en 1843 contenidas en el "Manifiesto del famoso fourierista Victor Considerant; sobre ello dice Kautsky:

"Como ideas teóricas fundamentales cita (Labriola) una serie de pasajes del manifiesto de Considerant que se dirigen contra el nuevo feudalismo desarrollado por la evolución de la industria, contra los males del orden social existente que nacen de la concurrencia libre y que llevan por una parte al empobrecimiento de las masas y por otra a la concentración de los capitales.

"Claramente, todas esas ideas se encuentran ya en el Manifiesto de Considerant."

Como es sabido, la leyenda socialdemócrata del socialismo "científico" se apoya principalmente en los pretendidos descubrimientos de leyes sociales que supone anunciaron por primera vez en el año 1848 Marx y Engels en el Manifiesto comunista. Gracias a estos descubrimientos, el partido se sobrepuso a todos los demás partidos, pues tiene una base científica. ¿Cómo se conducirá ahora el partido social democrata después de la anterior confesión, de ningún modo voluntaria de los sucesores y protectores de las ideas y descubrimientos de Marx Engels?

El socialismo "científico", o mejor dicho, el socialismo "alemán", no sólo rompió con el socialismo de la primera mitad del siglo pasado, sino con el socialismo en general, al que declaró la guerra. Con la palabra de orden "utopismos" apreciaron los jefes social-democráticos alemanes del ochenta, y con ellos los marxistas rusos, el influjo general socialista de los owenistas, del saint-simonismo y del fourierismo y del "populismo" ruso, cuyos fundamentos fueron dados justamente bajo el influjo de Tchernichewsky, por las escuelas del socialismo romanas.

Las exigencias básicas de todas las direcciones no científicas del socialismo fueron: abolición del trabajo asalariado, de la explotación de los trabajadores por los capitalistas y propietarios de la tierra, la entrega de los medios de producción a las asociaciones libres de los obreros, de la tierra a las comunas y asociaciones libres de los campesinos. De acuerdo a estos principios, el "populismo" ruso, *Narotnichestvo*, al comenzar el año 60^o llamó al pueblo y a los trabajadores para la realización de aquellas formas de comunidad (socialismo), dentro de las que el trabajo común y las comunas autónomas debían organizar independiente mente el aprovechamiento de la tierra y de los instrumentos de trabajo, los talleres y las fábricas sobre la base de la solidaridad y de la igualdad.

Los social-demócratas alemanes declararon, con Engels a la cabeza, que todas esas exigencias y aspiraciones eran pensamientos torpes de ignorantes. Como aseguraron, su nueva ciencia, construida

sobre los descubrimientos de Marx y Engels, les enseñó que primeramente, — y en bien de la humanidad, — los campesinos deben perder completamente la tierra; y las organizaciones del *Mir* de los campesinos rusos deben ser destruidas. Y su teoría anunciaba que los cien millones de campesinos rusos deben transformarse en seres sin posesión alguna, en jornaleros sin techo que, trabajan, no en asociaciones libres, sino en las fábricas, en los talleres o en los bienes de los capitalistas terratenientes. Y esta clase despreciada de los campesinos debe ejecutar no menos de ocho horas de trabajo diario por un determinado sueldo. De una extirpación del trabajo forzoso para los capitalistas, como el existente hoy, de una organización de asociaciones libres de trabajadores en igualdad de derechos, no pueden hablar más que los utopistas, los ignorantes, los anarquistas y demás enemigos de la "conciencia de clase del proletariado".

Esta doctrina santa de una proletariación necesaria e internacional, en bien de la humanidad, ha sido predicada enérgica y sistemáticamente por Engels, Kautsky, Plekanoff y otros ortodoxos de la nueva ciencia llamada marxismo. Hace más de treinta años que se predica todo esto; y las frases "ciencia" y "científico" turbaron la sencillez y sana razón humana. La tenebrosa y axiladora reacción del militarismo alemán, que domina desde 1870; la reacción después de la Comuna en Francia; el sistema opresor de Kalkoff-Pobledonoszeff-Plewe en Rusia, — todo esto concordaba con el empobrecimiento del pueblo y su sumisión, todos estos fenómenos eran "productos necesarios de la evolución" que lleva de un modo incesante al socialismo. Y Engels y sus discípulos fueron los profetas de esta evolución... "de la utopía a la ciencia".

Los utopistas, los "populistas" — *narodniki*, — y especialmente nosotros, los anarquistas, nos sentimos "injurados" en nuestros sentimientos más sagrados y más íntimos. Y no fué sólo una vez que les arrojamos la pregunta: "¿En qué se basan las inhumanas exigencias de que el campesino debe abismarse más en la miseria, y de que los trabajadores deben someterse al capitalismo un tiempo infinito?"

— Están fundadas en nuestros grandes descubrimientos, contestaba orgullosamente Engels. En los grandiosos descubrimientos de nuestros maestros, proclamaban a coro Bebel, Kautsky, Plekanoff y otros jóvenes. Y nos relataban esos descubrimientos.

Primer descubrimiento: En el año 1878 declaró Engels en el "Anti-Dühring", que la *plus-valía* fué descubierta por Marx.

Pero esto es falso, se contestó a Engels respetuosamente; la *plus-valía* fué ya establecida por Sismondi en sus *Nouveaux Principes d'Economie Politique*, cuyo libro apareció en 1813, es decir, justamente un año antes del nacimiento de Marx. Después, en 1824, fué elaborada la teoría de la *plus-valía* por el socialista owenista Thomson en su famoso libro que alcanzó tres ediciones.

El segundo descubrimiento de Marx es la teoría del precio del valor del trabajo.

Os equivocáis enormemente otra vez, contestaron los anarquistas y muchos sabios independientes. Esa teoría del precio del valor del trabajo ha sido elaborada y establecida exactamente cien años antes de la aparición de *El Capital* de Marx, por Adam Smith. Esto se comprueba en las páginas correspondientes de la gran obra de Adam Smith, — *Wealth of Nations*.

El tercer descubrimiento de Marx es la aclaración económica de la historia, lo que llamó, obscuramente expresado, "interpretación materialista de la historia".

Pero sobre la aclaración económica de la historia, sobre la misión de los factores económicos en ella, escribieron Blan-

qui, Thierry, David Hume, Guizot, en un tiempo en que Marx y Engels aprendían todavía a leer y a escribir. Y entre sus contemporáneos — que fueron ignorados completamente por Marx y Engels — escribieron Godkins, Buckle, Thorold Rogers y otros sobre el papel de los factores económicos en la historia. Rogers publicó todo un libro sobre esto con el título siguiente: *La aclaración económica de la historia*. Lo que concierne a la consideración revolucionaria de la historia y de la evolución natural de la humanidad, pertenece, sin nombrar a Vico, a los enciclopedistas (Volney), a Herder, a Fourier a Augusto Comte, a los pensadores Buckle, Spencer, Morgan, — en una palabra, toda la ciencia inductiva elaboró aquellos principios de evolución y su aplicación a la historia.

El cuarto descubrimiento fué el de la lucha de clases en la historia de todas las sociedades humanas (véase a Engels, Kautsky, Plekanoff y otros).

También sobre esto debe ser contestado que la lucha de clases fué clara mente concebida por los pensadores, especialmente por los franceses e ingleses, que hablaron y escribieron sobre ella; partiendo de la gran revolución francesa, Sieyès, Tomás Paine, Godwin hasta Guizot, Luis Blanc, Buret, Blanqui, y otros, han desarrollado teóricamente la lucha de clases.

El quinto descubrimiento. La concentración del capital sostiene la idea de que el número de capitalistas disminuye, pues un capitalista, según Marx, aniquila muchos.

Ante todo, — se les contestó — veinte años antes que Marx, escribieron ya numerosos socialistas sobre la concentración del capital, como Buret, Victor Considerant, etc. Y en segundo lugar, la estadística ha demostrado que el número de los capitalistas y de los explotadores del

proletariado no disminuye, sino que aumenta considerablemente. Su número, desde 1845, como puede verse en mis estadísticas del trabajo (*Freedom*, agosto de 1894, luego en 1911 hasta 1912) se ha triplicado.

El sexto descubrimiento es la representación parlamentaria de los obreros, inventada en 1867 por los alemanes y adoptada en 1873 como táctica del socialismo "científico".

Se debió recordar otra vez sobre esto que los proudhonianos franceses Toulain, Limousier, Fribourg, y otros, presentaron ya en 1862 candidaturas parlamentarias obreras. Que Proudhon mismo comenzó en 1864 un trabajo completo sobre la "Capacidad política de la clase obrera": que John Stuart Mill pedía en una carta al *sindicalista* e internacionalista Odger en 1870 la presentación de candidatos obreros, para arrancar, según su opinión, a la burguesía concesiones y reformas en beneficio de la clase trabajadora.

El séptimo descubrimiento consiste en la fundación de la Internacional por Marx.

Sin querer juzgar aquí si Marx ejerció un buen o un mal influjo en la Internacional, es ciertamente verdad que su influencia, — así se le contestó — y su participación en ella fué muy considerable. Pero la Internacional fué propiamente fundada ya en 1862 por los proudhonianos anteriormente mencionados, trabajadores franceses, Toulain, etc., junto con los sindicalistas ingleses, entre los que estaban Odger y Jung a la cabeza. Marx se adhirió a ellos dos años más tarde, en el otoño de 1864, a consecuencia de una invitación epistolar de Jung.

Octavo descubrimiento: Marx se atribuye la frase: "la liberación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos".

(Continuad).



El método cultural de la sociedad capitalista.